

# Históricas Digital

Felipe Arturo Ávila Espinosa

“La defensa de indios de un procurador académico. Raíz y razón del zapatismo”

p. 93-114

*Escribir la historia en el siglo XX.  
Treinta lecturas*

Evelia Trejo

Álvaro Matute

(editores)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,  
Instituto de Investigaciones Históricas

2009

589 p.

(Serie Teoría e Historia de la Historiografía, 3)

ISBN-10 970-32-2281-1

ISBN-13 978-870-32-2281-0

Formato: PDF

Publicado en línea: 12 marzo 2015

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/escribir/historia.html>

DR © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D. F.



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

# La defensa de indios de un procurador académico. Raíz y razón del zapatismo\*

FELIPE ARTURO ÁVILA ESPINOSA  
 Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Los hombres, como los árboles, tienen sus raíces; son lazos que les unen a su pasado, a su raza, a su ambiente, a sus herencias, a los muertos que les dieron vida, a la sangre que heredaron, a las mil sustancias físicas y espirituales que les nutrieron [...] hay que bajar al pasado histórico de cada individuo para encontrar sus oscuros orígenes, sus elementos esenciales, todo aquello que puede estar representado y confundido con la tierra misma de que está hecho el hombre. Cuanto más hundido y unido está a esa tierra, cuanto más enraizado y profundo en ella, cuanto mejor ha sorbido sus jugos nutricios, más fuerte y más firme se levanta con un destino de raza y de historia.

JESÚS SOTELO INCLÁN

Con estas palabras comenzó Jesús Sotelo Inclán el primer capítulo de su libro sobre Emiliano Zapata, obra que, publicada en 1943, significó un parteaguas en la investigación historiográfica acerca del zapatismo y en cuyo título breve, conciso, estaba expresado el contenido de la investigación: encontrar los orígenes del movimiento zapatista y explicar las causas profundas, históricas, sociales, culturales, que permitieran comprenderlo.

Muchos libros, artículos y folletos se habían escrito ya acerca de Zapata y de los campesinos surianos que lo siguieron. En plena época revolucionaria, Zapata fue objeto de análisis y discusión en varias obras de dispareja calidad historiográfica elaboradas por testigos nacionales y extranjeros. En términos generales, la visión que expresaba la historiografía sobre Zapata en esos primeros años, que no pasó del nivel de la crónica, fue negativa: Zapata había encabezado un movimiento violento, desordenado, anárquico, que, al margen de la legitimidad de sus reivindicaciones —en lo que la mayoría de los escritores coincidía—, había

\* Jesús Sotelo Inclán, *Raíz y razón de Zapata. Anenecuilco, investigación histórica*, México, Etnos, 1943, 236 p., ils., mapas; y Jesús Sotelo Inclán, *Raíz y razón de Zapata, segunda versión*, México, Comisión Federal de Electricidad, 1970, 588 p., ils. Las referencias a esta obra en su primera y segunda versión se anotarán entre paréntesis en el texto.

cometido innumerables excesos y desatado energías destructivas que habían atentado contra las bases mismas de la vida social mexicana (o de la civilización incluso, dirían los más aventurados de sus críticos). Las crónicas testimoniales de los contemporáneos del movimiento zapatista reflejaban, en su mayoría, la oposición de las clases medias y altas, nacionales y extranjeras, que se asustaron desde los primeros días de 1911 ante el movimiento social más radical que engendró la Revolución Mexicana. La leyenda negra del zapatismo y de su famoso líder, el *Atila del Sur*, como lo denominó la prensa de la ciudad de México en esos años, alimentó a la opinión pública urbana de la época y propagó imágenes de horror, sangre y excesos. Esta visión negativa no pudo ser contrarrestada por las obras favorables, escritas en esos mismos años y en los siguientes por participantes o simpatizantes zapatistas. En unas y otras predominaba el maniqueísmo, la toma de partido y la descalificación de los puntos de vista contrarios a los de los autores, como es característico de las crónicas testimoniales, que se hicieron cuando los acontecimientos estaban todavía en curso y no existía la distancia temporal ni afectiva para analizarlos con mayor objetividad.

Empero, la trágica muerte de Zapata en 1919, a traición, y el tipo de Estado y de legitimidad que construyó y capitalizó la corriente triunfadora de la Revolución Mexicana, encabezada por los sonorenses Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles, hicieron que la figura de Zapata se elevara y formara parte del selecto panteón de héroes favoritos de la gesta revolucionaria de 1910-1920 que adquirió, desde entonces, el carácter de acto fundacional y fuente de la legitimidad del poder del nuevo Estado mexicano hasta fechas muy recientes.<sup>1</sup> La historiografía zapatista cambió de tono. La imagen del *Atila del Sur* dio paso a un Zapata mítico, heroico, legendario, un mártir que se volvió símbolo de la lucha por la justicia y encarnó las aspiraciones de tierra y libertad de los campesinos mexicanos. Era, además, otro eslabón que continuaba esa historia que se convirtió en la nueva versión de la historia oficial, de la gesta heroica del pueblo mexicano que tenía una línea que arrancaba desde la época pre-

<sup>1</sup> Tres acontecimientos políticos significativos subrayan la importancia que tuvo para el Estado mexicano emanado de la Revolución la apropiación de la figura de Zapata: el primero, la entrada triunfal de Obregón a la capital del país en 1920, luego de la muerte de Carranza, acompañado por el famoso general zapatista Genovevo de la O; el segundo, la visita de Calles a la tumba de Zapata, en Cuautla, en la conmemoración del quinto aniversario de su muerte, donde el entonces candidato presidencial declaró que el programa agrario de Zapata era el suyo; el tercer acontecimiento, la fundación del Frente Zapatista, con los numerosos veteranos de la gesta suriana en 1938, donde eligieron a Lázaro Cárdenas presidente de la organización, acto más que simbólico que, aunado a la muy notable reforma agraria cardenista y al discurso abiertamente en favor de los campesinos y los trabajadores del general Cárdenas, terminaron por consolidar las bases sociales del régimen político mexicano y a dotarlo de gran legitimidad.

hispanica, pasaba por las guerras de Independencia y Reforma y culminaba con el régimen emanado de la Revolución. Zapata ocupaba un lugar privilegiado en ese proceso y se le colocó, desde luego, en el panteón de héroes de la Revolución Mexicana, junto a Madero y Carranza, oscureciendo las diferencias reales de proyectos, intereses y trayectorias, que los habían colocado en la vida real en posiciones antagónicas y enfrentadas, como enemigos.

Sin embargo, en las dos décadas que siguieron a la muerte del caudillo, en las que el nuevo régimen se consolidó y adquirió las sólidas bases que le dieron una notable y duradera legitimidad, estabilidad y apoyo, con la excepción de la obra muy documentada de Gildardo Magaña y de las investigaciones académicas sobre la problemática agraria de México de los norteamericanos Frank Tannenbaum y Eyles N. Simpson, en términos generales, la historiografía zapatista no logró superar las limitaciones de la crónica testimonial, del maniqueísmo, de la descalificación simplista o la hagiografía igualmente fácil que caracterizó buena parte de la historiografía de la Revolución Mexicana de ese periodo, conocida como del pragmatismo político.<sup>2</sup>

Jesús Sotelo Inclán logró dar forma, en 1943, a una investigación que tuvo, entre sus principales aportaciones, el haber encontrado y fundamentado los orígenes del movimiento zapatista en una resistencia y lucha ancestral, centenaria, por parte de los pueblos morelenses en contra del avance de las haciendas, a partir del estudio a fondo de uno de esos pueblos, escogido no por azar, sino por haber sido precisamente la cuna de Zapata y del zapatismo: Anenecuilco. Zapata, el personaje, el individuo notable, quedaba así situado en su circunstancia y en su historia, como parte de un proceso que lo trascendía, que había arrancado mucho atrás y que seguía su curso. La grandeza del héroe estribaba en haber sabido representar, entender y conducir ese largo proceso histórico de lucha y resistencia de un actor colectivo que defendía sus derechos ancestrales a la tierra. Ese actor colectivo, antiguo y presente, que lo había precedido y que seguiría después de él, estaba constituido por los pueblos morelenses. *Raíz y razón de Zapata* fue una lograda combinación —precursora en la historiografía de la Revolución Mexicana—, de historia agraria regional, de lo que podría catalogarse como historia de larga duración, de microhistoria, de historia política y de historia oral. Se convirtió así, en una obra de referencia que orientó muchas de las historias del zapatismo que se han continuado escribiendo desde entonces.

<sup>2</sup> María Eugenia Arias, *El proceso historiográfico en torno a Emiliano Zapata (1911-1940)*, tesis de licenciatura en Historia, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1979.

*Génesis de un libro y de una conversión*

La forma en que Sotelo Inclán se acercó al estudio del zapatismo es curiosa. Habiendo nacido en la ciudad de México en 1913, en la región del sur capitalino, le tocó sufrir los difíciles años de hambre, violencia, escasez, miedo, inseguridad e incertidumbre que padeció por entonces la población citadina. Era la presencia y el impacto de la Revolución. La zona de Xochimilco, donde vivía su familia, se vio asolada en muchas ocasiones por las incursiones zapatistas. La familia de Sotelo Inclán y él mismo tuvieron motivos suficientes para odiar al zapatismo: en una de esas incursiones persiguieron a su abuelo materno y mataron a un hermano de éste, en el pueblo de San Lucas, de la municipalidad de Xochimilco. Esa animadversión infantil, familiar, creció con las opiniones y experiencias de sus vecinos y del entorno en el que se formó.<sup>3</sup> No había menguado cuando, al cursar el bachillerato en la Escuela Nacional Preparatoria, tuvo como profesor de la cátedra de historia a Antonio Díaz Soto y Gama, el reconocido ideólogo zapatista, uno de los intelectuales más influyentes del movimiento suriano, quien había seguido teniendo un papel importante en la política y en la cultura mexicanas en los años veinte y treinta.

La famosa retórica y habilidad polemista de Soto y Gama no hicieron sino acicatear la arrogancia juvenil de Sotelo Inclán quien, en mancuerna con su gran amigo y compañero de generación Álvaro Gálvez y Fuentes, se esforzaba en encontrar argumentos contrarios a las opiniones prozapatistas de su maestro (p. 11-12).<sup>4</sup> En ese trance —cuenta el autor—, para tener más elementos para fundamentar su posición antizapatista, Sotelo Inclán decidió ir a Morelos con el fin de hacer una obra de teatro sobre Zapata, en quien reconocía “un formidable carácter dramático, independientemente de cualquier consideración política”. Leyó todo lo que encontró sobre Zapata y, para situar la ambientación y los personajes,

<sup>3</sup> “Yo no tenía razones para ser zapatista, porque nací cuando Emiliano andaba en la lucha [...] y realmente de Emiliano Zapata, a mi casa únicamente llegaron sustos; cada entrada de carrancistas o de zapatistas daba lo mismo para un niño atemorizado, porque los abuelos, mi abuelo Gabriel Inclán, salía corriendo del pueblo para refugiarse con los hijos, porque entraba una fuerza revolucionaria ya había que refugiarse en la ciudad de México; de manera que yo tenía una formación antizapatista, como niño, por el miedo que nos daban esas incursiones”, le contó Sotelo Inclán a Alicia Olivera y a Eugenia Meyer en una entrevista en 1970. Véase “Jesús Sotelo Inclán y sus conceptos sobre el movimiento zapatista”, entrevista de Alicia Olivera de Bonfil y Eugenia Meyer, INAH, Archivo Sonoro n. 3, 1970, p. 9. Esa misma impresión la había contado en la página 11 de su *Raíz y razón de Zapata*, donde había agregado que su tío abuelo Magdalena Inclán fue asesinado por los zapatistas y que la casa de su abuelo fue destruida e incendiada en un enfrentamiento entre zapatistas y carrancistas.

<sup>4</sup> Olivera y Meyer, *op. cit.*, p. 9-10.

emprendió camino a las tierras morelenses. Esas visitas lo transformaron. El contacto con la realidad campesina morelense hizo que cambiara radicalmente su apreciación y su actitud ante del zapatismo. Su búsqueda se topó con el problema de “la Justicia y de la Verdad” en torno al zapatismo, según sus propias palabras. Con una actitud inquisidora se puso a interrogar a personas que habían vivido esa experiencia, que habían conocido al caudillo y, poco a poco, su antizapatismo fue cambiando ante las evidencias de una realidad que le indicaba que su juicio juvenil estaba errado:

¡Qué tesoro de datos humanos pude recoger entre los campesinos que un día fueron sus soldados! ¡Qué riqueza de sentimientos y fidelidad entre esos hombres que no quieren, que no pueden creer todavía que su Jefe haya muerto! ¡Zapata vive, y vivo lo encontré entre sus labriegos que lo esperan y piensan que ha de volver! [p. 13].

Los “candorosos y duros campesinos” que encontró no parecían ser los bandidos que denunciaban los autores que había leído. Sin embargo, pudo observar los restos de las haciendas e ingenios destruidos, testimonio mudo de la violencia reivindicadora zapatista y de los efectos de la Revolución. Queriendo encontrar la verdad se dirigió a Anenecuilco, la cuna de Zapata, donde continuó preguntando e indagando. Al cabo de un tiempo, se ganó la confianza de Francisco Franco, primo de Zapata, quien finalmente accedió a mostrarle los títulos y documentos del pueblo, los mismos que Zapata le había encargado cuidar, los que a Zapata a su vez le habían entregado los ancianos del pueblo cuando lo eligieron presidente de la Junta de Defensa de Anenecuilco en 1909. Esos documentos hicieron la conversión. A su motivación central, de carácter estético, la obra de teatro que quería escribir, según sus propias palabras, “la investigación histórica la mató”:

Desde la primera hojeada tuve la impresión de que estaba frente a una veta de información espléndida e ignorada, y mi asombro creció a medida que fui adentrándome en su contenido y significación. Aquellos papeles cambiaban por completo la visión que yo tenía de Zapata y lo revelaban como un auténtico representante de las aspiraciones de su pueblo [p. 15].

[...] cuando buscaba yo en Emiliano Zapata a un combatiente por la tierra, me encontré que no era él un solo combatiente: había un pueblo detrás de él y la tragedia del pueblo y la lucha del pueblo era mucho más grande, infinitamente más grande que la de un hombre [...] y así expliqué yo a Zapata.<sup>5</sup>

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 11.

El proceso de investigación y la escritura de *Raíz y razón de Zapata* transformaron a Sotelo Inclán. El autor, converso, se volvió un defensor y divulgador del zapatismo. La identificación con el tema y con la problemática zapatista hizo de él un abogado de las causas de los campesinos morelenses. La confianza que se ganó en ese proceso ante los veteranos zapatistas, acentuada con la divulgación de su lucha, luego de la aparición de su libro, hicieron que Francisco Franco, el custodio de los papeles del pueblo, decidiera que, después de su muerte, Sotelo Inclán fuera el depositario de los papeles de Anenecuilco, esos famosos documentos que a partir de su conocimiento se convirtieron en la fuente primera para explicar el origen y la legitimidad —la raíz y la razón— de Zapata y de la lucha zapatista.

#### *Tratamiento y crítica de las fuentes*

La columna vertebral y la base de la investigación son los cuatro cuadernos de documentos que tenía en su poder Francisco Franco: 159 fojas, copias fieles expedidas y entregadas por el Archivo General de la Nación en 1853-1854 y en 1906 a los representantes de Anenecuilco. Tales documentos incluyen cédulas reales, mandamientos de autoridades virreinales, solicitudes de los naturales de Anenecuilco, el mapa topográfico del pueblo y los autos del litigio por límites de tierra entre el pueblo de Anenecuilco contra las haciendas del Hospital y de Mapaztlán a finales de la época colonial. Estos testimonios comprenden dos periodos: los primeros años del siglo XVII y los últimos del XVIII y principios del XIX, hasta antes de la guerra de Independencia. Como ha señalado Alicia Hernández,<sup>6</sup> los representantes del pueblo, en sus solicitudes de documentos que probaran sus derechos sobre la tierra en disputa con las haciendas, analizaron, escogieron y conservaron aquellos que daban fe de su propósito, los que demostraban que era un pueblo antiguo, reconocido y dotado de sus tierras y agua por el régimen colonial y que, al mismo tiempo, evidenciaban el avance ilegal y la usurpación de sus tierras y la violación a sus derechos por parte de los dueños de las haciendas. Estos documentos eran la prueba legal, contundente, que demostraba que las tierras del pueblo de Anenecuilco le pertenecían desde antes de la Colonia y eran, al mismo tiempo, el testimonio histórico de su lucha y

<sup>6</sup> Alicia Hernández Chávez, *Anenecuilco, memoria y vida de un pueblo*, 2a. ed., presentación de Carlos Salinas de Gortari y prefacio de John Womack Jr., México, El Colegio de México/Fideicomiso de las Américas/Fondo de Cultura Económica, 1993, 134 p., ils., mapas (Obras de Historia), p. 23-25.

resistencia centenarias por defenderlas. Para Zapata y los representantes de Anenecuilco, así como para los pobladores de otras localidades que se sumaron y engrosaron las filas del zapatismo, esos papeles tenían un valor casi sagrado.

Esta base documental fue cotejada y complementada por Sotelo Inclán con la revisión de otros documentos del ramo de *Tierras* del Archivo General de la Nación, que llenaran los huecos cronológicos que había en la historia agraria de Anenecuilco, con lo que pudo construir un cuadro más completo para su narración. Al mismo tiempo, para entender el contexto y los antecedentes de esos testimonios, Sotelo Inclán revisó las principales obras secundarias disponibles en ese tiempo sobre la época prehispánica en el Altiplano Central y los primeros años de la Colonia y, particularmente, las referencias de su región y sus habitantes. Así, en la reconstrucción del poblamiento del lugar por los tlahuicas, las características de la época prehispánica y la situación que provocó la conquista española en la región, se apoya en las crónicas de Sahagún, Durán, Acosta, de manera profusa en Zorita —de quien retoma su caracterización del *calpulli*, eje de su interpretación— para la organización social de los pueblos mesoamericanos, así como en el *Código mendocino* y la *Matrícula de tributos* —que testimonian el estado y el tamaño de los asentamientos indígenas de la zona— y en la *Descripción de Oaxtepec*, de Juan Gutiérrez de Liévana. También utiliza a Bernal Díaz del Castillo, Hernán Cortés y las obras de Manuel Orozco y Berra y Luis Chávez Orozco, entre sus principales fuentes. El tratamiento que hace de ellas es muy general, pero le sirve para subrayar la existencia de pueblos antiguos con fuertes vínculos de identidad, que sufrieron condiciones de explotación y despojo de sus tierras por parte tanto de los pueblos dominantes de la Triple Alianza antes de la conquista española como de los colonos hispanos que comenzaron a apoderarse de esos recursos naturales, constituyendo un régimen de grandes propiedades privadas. Ese latifundismo se había construido a costa de los recursos y el trabajo de los pueblos que, sin embargo, habían podido conservar fuertes vínculos de identidad, sus viejas instituciones y representantes, y una tradición de defensa de sus derechos. Subraya también el carácter comunalista de la propiedad indígena y la permanencia de formas tradicionales de organización y liderazgo.

Dichos elementos existen efectivamente en esas fuentes. Sin embargo, podría objetarse a Sotelo Inclán que acepte enteramente esos testimonios y no guarde una postura crítica ante ellos, por lo que reconstruye una imagen idealizada de la sociedad prehispánica, en la que no aparece la estratificación marcada que existía, las relaciones asimétricas entre los grupos dominantes y los subordinados, no sólo entre los pueblos hegemónicos de la Triple Alianza y sus pueblos tributarios, sino en el



interior de estos mismos. En el propio Zorita está desarrollada la caracterización de la estratificación prehispánica, los privilegios de los gobernantes, caciques y principales y la continuación de esa situación en la época colonial. Por lo demás, se advierte también una marcada simpatía de Sotelo Inclán por los pueblos tlahuicas y una idealización de su condición no guerrera, trabajadora, armónica y solidaria en la que no se ven los conflictos internos ni la diferencia de intereses entre sus estratos.

La fuente principal y casi única que utiliza para la etapa colonial, que constituye la mayor parte de la obra, es el expediente de Anenecuilco del ramo de *Tierras*, del Archivo General de la Nación, junto con recopiliaciones de la legislación colonial. Con base en esas fuentes reconstruye la historia agraria del pueblo. Es la parte de la obra con más fuerza y, en ella, Sotelo Inclán transcribe extensamente los principales documentos, los sigue puntualmente y deja que hablen por sí mismos, comentándolos brevemente y haciendo observaciones que contextúan e hilan el relato, que está absolutamente dominado por los documentos. Éstos demuestran la tenacidad, la persistencia y el empeño del pueblo en defender sus tierras, el agua y los derechos a hacer uso de bosques y pastos de la región, así como las estrategias de defensa que pusieron en práctica sus habitantes durante la época colonial. De esa manera lograron evitar la desaparición del pueblo a comienzos del siglo XVII, al negarse a aceptar la congregación que los habría integrado al pueblo de Cuautla, así como la apelación para conseguir la restitución de su fundo legal, que los llevó a ganar el litigio. Pero también demuestran las maniobras puestas en juego por las haciendas de Mapaztlán y del Hospital para impedir la aplicación de esas disposiciones, por lo que los de Anenecuilco nunca pudieron lograr el cumplimiento de los fallos judiciales, proceso que se vio interrumpido por las guerras de Independencia.

No extraña que el contenido de los documentos de Anenecuilco hubiera subyugado y convertido a Sotelo Inclán, que andaba buscando la justicia de la lucha zapatista y encontró en ellos su explicación. Esos testimonios son los que justifican las razones —y las raíces— de Zapata y del movimiento zapatista. Darlos a conocer, publicarlos, tenía ya un mérito. Sin embargo, algo que puede señalarse de Sotelo Inclán es que su apreciación de la legislación colonial es parcial, pues si bien señala que tenía un carácter protector y paternal hacia los pueblos de indios, no advierte que esa misma legislación proveía de recursos y apelaciones a las partes y permitía obstaculizar las resoluciones y alargar enormemente los procesos. Tampoco observa que a fin de cuentas el avance de las haciendas contra la propiedad de los pueblos, con toda la arbitrariedad manifiesta de que hicieron gala, había sido en muchos casos legitimado y avalado por la propia Corona que, por necesidades económicas, prag-

matismo y presiones políticas, había emitido disposiciones contradictorias y ambiguas que habían contribuido a generar conflictos agrarios de propiedad y posesión entre los beneficiarios de los mismos predios. Habría hecho falta un estudio comparativo y crítico de la historia agraria regional y de su legislación. Asimismo, también puede objetarse a Sotelo Inclán que haya dado muy poco valor a testimonios que él mismo cita de actitudes y comportamientos de caciques y principales de Anenecuilco que, en algunos momentos, tomaron decisiones en beneficio propio y se apoderaron de tierras de usufructo colectivo y vendieron o rentaron otras, también en provecho personal; incluso, las propias autoridades del pueblo habían alquilado sus títulos por concepto de préstamo. Estos elementos muestran una historia más cercana a la realidad, a un pueblo de carne y hueso, con malos gobernantes, líderes y abogados y que cometía también errores, decisiones equivocadas que no demeritan de ningún modo el que en otras ocasiones sus habitantes fueran ejemplo de valentía y tenacidad. Pero si sólo se menciona esto último y se soslaya lo negativo se cae invariablemente en la hagiografía.

El tratamiento del siglo XIX es el más flojo de la obra. Las fuentes que utiliza para describir la Independencia y la Reforma son muy pocas y, a menudo, describe acontecimientos y deduce inferencias y conclusiones que no están apoyados en ninguna fuente, como en el caso de Francisco Ayala, héroe regional de la Independencia, o como la matanza de hispanos en la hacienda de San Vicente Chiconcuac, en 1856 (p. 140-144 y 148). Es notable la ausencia de las grandes obras historiográficas del XIX de Bustamante, Zavala, Alamán y Mora, así como de los libros sobre las guerras contra Estados Unidos y Francia y sobre la pugna surgida a lo largo de todos esos años entre liberales y conservadores. Por ello el XIX mexicano aparece muy confuso, sin una guía y una orientación que alumbré el relato, particularmente en lo que tiene que ver con la Independencia y la Reforma, así como el Imperio y los comienzos del Porfiriato. Las mejores fuentes que utiliza son la entonces recién publicada obra de Gildardo Magaña sobre el zapatismo, así como la visión profundamente crítica de la historia agraria del país, de Andrés Molina Enríquez.<sup>7</sup>

La narración vuelve a tomar fuerza cuando regresa al litigio de Anenecuilco contra la hacienda de Mapatzlán, que va de 1895 al inicio de la revolución maderista, en donde sigue otra vez, puntualmente, el expediente agrario y los documentos de Anenecuilco. Ésta, que es la sección final del libro, que trata sobre la última etapa del conflicto agrario de

<sup>7</sup> Gildardo Magaña, *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, 5 v., México, Ruta, 1951-1952; Andrés Molina Enríquez, *Los grandes problemas nacionales*, México, Imprenta de A. Carranza e hijos, 1909, 364 p., cuadros.

Anenecuilco y sobre los antecedentes y el papel de Emiliano Zapata en el surgimiento del movimiento revolucionario al que daría su nombre, constituye la otra parte fuerte del texto. Aquí, las fuentes para el conflicto agrario vuelven a ser los documentos del pueblo y, para los antecedentes y la biografía de Emiliano, testimonios orales de familiares de Zapata, de Francisco Franco y de otros combatientes zapatistas. Con ellos logró reconstruir dos momentos que se volvieron desde entonces puntos nodales para la explicación del zapatismo: por un lado, la apremiante situación de Anenecuilco hacia el final del Porfiriato, la imposibilidad de sembrar ante la negativa de la hacienda del Hospital a seguirle arrendando tierras y la desesperación de los habitantes ante las malas cosechas de 1909 y 1910. Por el otro, la elección de Emiliano Zapata como presidente del concejo de Anenecuilco en 1909, mediante una reconstrucción lograda a través de las entrevistas con Franco y otros de los participantes, acontecimiento decisivo en la génesis del zapatismo y que fue reproducido una y otra vez desde entonces por los nuevos historiadores. El manejo de estos testimonios es más adecuado para sus propósitos explicativos y, aunque vuelven a tener un papel predominante los documentos y los testimonios, éstos son lo suficientemente claros para armar un buen y convincente relato.

Aunque casi no utiliza fuentes secundarias y califica de hagiográficas las biografías de Zapata hechas por Germán List Arzubide, Porfirio Palacios y Alfonso Taracena, reproduce fragmentos que vienen en aquéllos, como el muy repetido pasaje en el que el niño Emiliano Zapata da muestras de una precocidad revolucionaria a los 8 años que, a fuerza de repetirse desde Arzubide, sin pruebas, entró a formar parte de la leyenda del personaje y, además, no guarda la suficiente distancia crítica ante sus fuentes, lo que lo lleva a cometer algunos errores evidentes, como señalar que Zapata repartió tierras desde 1910 entre sus seguidores, que ofreció al régimen de Díaz combatir a los maderistas en esa primera etapa, cuando era en esos momentos un seguidor prácticamente incondicional del caudillo, y que era, desde el primer momento, el jefe de la rebelión suriana, papel que recayó en realidad en esos comienzos en Pablo Torres Burgos. Con todo, la fuerza de las fuentes es lo que da solidez a esta parte.

### *La forma y el armado de la obra*

No existe duda y el propio autor así lo expresa: *Raíz y razón de Zapata* está estructurado en la forma de un alegato, casi un litigio en favor de una causa que busca que se haga justicia mediante la presentación de prue-

bas, testimonios, materiales, juicios e inferencias que apoyen ese propósito manifiesto. Es una defensa apasionada de la lucha y la resistencia de Anenecuilco y, por tanto, es patente la simpatía y la parcialidad del autor hacia sus defendidos, así como hacia los aliados, las autoridades, las instituciones, la legislación y los gobernantes que sirvieron, comprendieron y ayudaron a la causa de Anenecuilco. Del mismo modo, es notoria también su descalificación y rechazo de los argumentos de la parte contraria, las haciendas de Mapaztlán y el Hospital, así como los gobiernos y autoridades que no hicieron justicia al pueblo. Las palabras de Sotelo Inclán al respecto:

Fui a buscar por los campos de Morelos huellas del hombre terrible, asesino y destructor que suponía que era Emiliano Zapata y me encontré en cambio con el vivo recuerdo de un luchador, implacable sí, pero con una causa justa y un limpio ideal [... Tenía que] cumplir con un urgente deber, el de ayudar al pueblo de Anenecuilco a recuperar sus tierras de manera definitiva. Yo ofrezco este libro como un humilde alegato, a la manera de aquellos “memoriales” que los procuradores de indios tuvieron que presentar muchas veces para que se hiciera justicia al pueblo (p. 213-214).

Así pues, el “memorial” que este “procurador” de Anenecuilco construyó está estructurado en torno de las pruebas que constituyen su defensa: son esas pruebas los documentos impresos, las mercedes, el mapa del pueblo y los autos seguidos en diferentes momentos los que llevan la voz cantante. Tiene la forma de un alegato jurídico que busca convencer al juez que, en este caso, es la historia, así como los lectores del libro. El autor ordena los testimonios, da los antecedentes y el contexto de ellos, busca otras evidencias que completen y refuercen el argumento y comenta el conjunto de esas pruebas para deducir las conclusiones, que no pueden ser otras que la legitimidad y la justicia de los reclamos que están ahí expresados. El resultado es la reconstrucción de la historia del pueblo, desde la época prehispánica hasta los comienzos de la Revolución, relato ordenado cronológicamente, sin digresiones ni temáticas de otra naturaleza que no sea la de seguir los pormenores de la lucha de Anenecuilco por defender sus derechos sobre las tierras, aguas y recursos naturales que les pertenecían. A este entramado principal se añade, en la parte final, la biografía del personaje central, Zapata, quien aparece situado en las circunstancias que determinan su misión y su destino: es la encarnación y la continuación de esa fuerza histórica de su pueblo en busca de la justicia no obtenida. Sin embargo, Sotelo Inclán interrumpe el relato de los avatares del binomio Anenecuilco-Zapata cuando comienza la Revolución, justamente porque, como él mismo señala, su propósi-

to era explicar los orígenes, las causas, la explicación de la gestación del acontecimiento estudiado (p. 201). La forma en que este evento se va a desarrollar, una vez que ha llegado a la superficie, es otra historia que Sotelo Inclán dejará a otros que la cuenten.

El interés original del autor, de hacer una obra dramática del zapatismo, aunque considera que lo tuvo que abandonar ante las evidencias de la legitimidad de la causa suriana, no está del todo ausente del texto, aunque desde luego la forma de "memorial" subordina a ése y a otros estilos narrativos. Aparece, sin embargo, un cierto tono de tragedia en el libro detrás de un esfuerzo colectivo tenaz, persistente, centenario, de los habitantes de Anenecuilco en búsqueda de una justicia que ni los instrumentos legales a los que recurrieron en la Colonia y en el XIX, ni la violencia insurreccional a la que se incorporaron en la Independencia y en la Revolución pudieron conseguir. Esa búsqueda de la justicia es algo que trasciende a los individuos y a las épocas, es una misión, un destino, un imperativo, en donde los individuos son solamente encarnaciones de ese espíritu, portadores más o menos conscientes de una fuerza trascendental, teleológica que busca realizarse. Zapata mismo, el personaje central de la trama, tiene la explicación de su grandeza en la medida en que fue quien mejor encarnó esa causa centenaria y avanzó más que nadie en lograrla. Pero el héroe fue también derrotado por las mismas fuerzas oscuras que se han opuesto siempre a ese destino, por la maldad detrás de los intereses contrarios a la causa del pueblo: hacendados, gobiernos, ejércitos, caciques. Cuando Sotelo Inclán escribió el libro, a finales de los años treinta y principios de los cuarenta, Anenecuilco, la cuna de la revolución agraria, seguía sin haber recuperado sus tierras. Francisco Franco y los demás sobrevivientes zapatistas continuaban en la pobreza. De poco había servido la Revolución. Y sin embargo la justicia de su causa seguía siendo tan legítima o más todavía que antes. La constatación de Sotelo Inclán de que la memoria de Zapata seguía viva entre los habitantes de Morelos era la mejor evidencia de la legitimidad y la vigencia de esa causa, de ese destino al que el autor se propuso ayudar a realizar. La trama del zapatismo, la vitalidad de esa búsqueda trascendente por la justicia de su causa, continuaría en otras épocas, buscando otros actores, otros personajes, otros héroes, otros Zapatas, otros procuradores.

### *Interpretación y explicación del zapatismo*

Para Sotelo Inclán el zapatismo era sinónimo de lucha por la tierra. Había sido un movimiento que había plasmado las aspiraciones agrarias de la población campesina de Morelos, y de las regiones en las que ha-

bía tenido influencia, de recuperar las tierras y aguas que les pertenecían desde tiempos inmemoriales, así como el derecho de usar los pastos y bosques de los lugares en donde se habían asentado esos pueblos desde tiempo atrás. La interpretación de Sotelo Inclán refuerza esta visión agrarista del zapatismo y de la Revolución Mexicana. No era una interpretación nueva. Sin embargo, al dar a conocer los documentos y el relato de la lucha de Anenecuilco, contribuyó a mostrar que las características que habían distinguido al zapatismo y a Zapata, en su tosudez e intransigencia por resolver de raíz el problema agrario, no eran elementos aleatorios o circunstanciales, sino que se explicaban en su esencia por una lucha ancestral, de un actor colectivo, el pueblo de Zapata, que había logrado sobrevivir gracias al empeño y persistencia en defender su derecho a poseer sus tierras originales. Anenecuilco no era, además, un caso único: en él se habían visto reflejados y con él se habían identificado los demás pueblos de Morelos y de la amplia zona del centro-sur del país en donde el zapatismo arraigó fuertemente. Era un ejemplo representativo y paradigmático de los orígenes sociales agrarios que había desencadenado la Revolución Mexicana.

Sotelo Inclán, usando el símil de una explicación de vulcanología, escogió estudiar a Anenecuilco precisamente porque había sido el epicentro de la erupción zapatista y buscó escudriñar el subsuelo, las causas y los orígenes que habían originado el estallido (p. 17).<sup>8</sup> Al encontrar los elementos históricos contenidos en los documentos del pueblo y analizarlos, encontró también que ésas eran las causas que explicaban el evento y su necesidad de manifestarse. De manera determinista explicó el papel de Zapata:

En la formación de Emiliano Zapata se cumplió la ley natural del medio ambiente influyendo sobre el individuo [...] difícilmente se puede encontrar en la Historia un caso más completo de un individuo en que intervengan los factores económicos, geográficos, históricos y políticos determinando la vida de un individuo [...] para entenderlo es muy útil la teoría de Hipólito Taine que nos lo explica como un producto de su medio, de su raza y de su momento histórico; teoría que, por lo demás, alcanza en Zapata una claridad excepcional y un ejemplo extraordinario [...]. Visto a la luz de la doctrina del materialismo histórico, resulta un efecto de las condiciones económicas que le hicieron surgir [p. 171, 197-198].

<sup>8</sup> O, utilizando otro símil suyo: "Del mismo modo que en un cuerpo enfermo se da gran atención al órgano o tejido en que se manifiesta el mal, creemos que debe atenderse a Anenecuilco, ya que en él hizo crisis el malestar agrario del país. Por eso queremos destacarlo como hace el biólogo con su microscopio al estudiar una celdilla", p. 222.

La lucha agraria de Anenecuilco, centenaria y persistente, había engendrado a Zapata como dirigente de esa causa. Era una manifestación necesaria: el héroe era producto del medio, de la evolución, de la historia; era también una necesidad esencial. El mérito de Sotelo Inclán estriba en haber armado un relato que, apoyado por la fuerza de sus testimonios —los papeles de Anenecuilco— demostró que, en efecto, el estallido de la rebelión zapatista tenía su explicación en una historia de larga duración, en la que un actor colectivo persistía en la defensa de sus tierras, aguas y bosques y, en esa lucha, construía y afirmaba su propia identidad. *Raíz y razón de Zapata* es —como su autor quiso—, un alegato que demuestra la justicia de la lucha de Anenecuilco desde la Colonia, donde Sotelo describe con tino sus diferentes estrategias, la utilización de los recursos legales que le proporcionaba el régimen colonial, las alianzas con párrocos y notables locales, instrumentos y estrategias que, en conjunto, presentan a un actor colectivo que, a través de la memoria y la tradición oral, construye y mantiene una identidad que le permite resistir y continuar la batalla contra enemigos más poderosos que ellos (p. 60-61, 65-66, 73-74, 81-93).

El alegato de Sotelo Inclán logra presentar la fuerza y la legitimidad que asisten a Anenecuilco y sus pruebas repiten la visión y la voz de sus habitantes: las tierras les pertenecían desde tiempos prehispánicos. A pesar de la despoblación y del impacto de la conquista y la colonización española, el pueblo había seguido existiendo, había resistido con éxito la política colonial de congregación de los pueblos en las cabeceras y también ante el avance y la hegemonía de las haciendas y las propiedades religiosas que fueron ocupando cada vez más los espacios que eran suyos (p. 49-58). Ese convencimiento y su decisión de defender sus derechos y propiedades a lo largo de la Colonia, del siglo XIX y hasta el final del Porfiriato, al que contribuyeron a derrotar, es la historia agraria de larga duración que hace singular a Anenecuilco y que explica el papel que jugó ese pueblo y el del dirigente al que engendró, cuya actitud y legado coronaron ese esfuerzo y lucha centenarios.

El otro elemento que ofrece Sotelo Inclán como contribución importante para la explicación del zapatismo es la coyuntura de 1909-1910 en Anenecuilco, originada por la continuación del litigio agrario contra la hacienda de El Hospital y por la negativa del dueño para que los de Anenecuilco sembraran en tierras que rentaban. La desatención del gobierno de Díaz y del gobierno local no hizo más que agravar la precaria situación del pueblo, que se volvió desesperada para sus habitantes, quienes, encabezados por Zapata, al que habían elegido apenas como presidente de su concejo, invadieron por la fuerza las tierras en disputa y se pusieron a sembrarlas (p. 175-190). Esto fortaleció el prestigio de Zapata

y sirvió como antecedente directo del liderazgo que meses después habría de ocupar al estallar y triunfar la rebelión de Madero.

Sotelo Inclán pudo así establecer el vínculo entre la problemática agraria de larga duración y una coyuntura específica que fue vivida por los habitantes de Anenecuilco como una afrenta más, esta vez intolerable, por parte de la hacienda de El Hospital, que los orilló a recuperar las tierras en disputa por la fuerza, luego de haber agotado los recursos legales. Así, fueron esos agravios recientes, con responsables concretos, identificados en los dueños de la hacienda, así como la actitud negligente o cómplice de las autoridades, los que provocaron el estallido de la rebelión que poco después fue conocida como zapatista, que si logró trascender, a su vez, además de su legitimidad y de actitud de resistencia ejemplar —que la convirtió en paradigmática—, se debió a que coincidió y se incorporó a una rebelión nacional encabezada por Francisco I. Madero. Estas circunstancias únicas, coincidentes, lograban iluminar, con una luz explicativa, el origen y las características del zapatismo.

Finalmente, la elección de Emiliano Zapata como presidente del congreso del pueblo correspondía y tenía continuidad con la institución del *calpuleque* que había permanecido como autoridad tradicional en varias regiones rurales de México de fuerte ascendencia indígena.<sup>9</sup> Zapata había sido continuador de esa tradición, que lo investía de una autoridad y prestigio a los que supo responder, con lo que se fortaleció a su vez su liderazgo. Ese papel de Zapata, como autoridad tradicional ayudaba a explicar tanto el arraigo que logró su liderazgo, como también el fuerte compromiso moral de Zapata con ese cargo, que reforzó su actitud intransigente y terca en los años siguientes de la revolución armada. El conjunto de todos estos elementos, que no habían sido presentados con ese vigor, convirtieron al libro de Sotelo Inclán en la mejor explicación del porqué del zapatismo y de Zapata.

### *Veintisiete años después*

Sotelo Inclán, quien en los años siguientes a la publicación de *Raíz y razón de Zapata* consolidó su vocación magisterial y se dedicó con ahínco a la enseñanza secundaria y normalista, y a la difusión de la cultura y de

<sup>9</sup> Sotelo Inclán cita a Zorita: "Los comunes de estos barrios [...] siempre tienen una cabeza, e nunca quieren estar sin ella, e ha de ser de ellos mismos e no de otro *calpulli*, ni forastero, porque no lo sufren, e ha de ser principal y hábil para los amparar y defender; y lo elegían y eligen entre sí, y a éste tenían y tiene como por señor, y es como en Vizcaya o en las montañas el pariente mayor; y no por sucesión sino, muerto uno, eligen otro, el más honrado, sabio y hábil a su modo, y viejo, el que mejor les parece para ello". *Ibid.*, p. 193.



la historia nacionales, no abandonó la otra vocación y misión de su conversión juvenil: la de procurador de la causa agraria de Anenecuilco y de la memoria y los anhelos de Zapata y los zapatistas. Si ya en los años cardenistas —a pesar de la voluntad del general Cárdenas para ayudar a los campesinos a través de la única reforma agraria de largo alcance de los gobiernos emanados de la Revolución— Sotelo Inclán había denunciado que Anenecuilco y los veteranos zapatistas reclamaban justicia y que se les restituyeran sus tierras, esa denuncia se volvió todavía más fuerte con los años y los gobiernos que vinieron después.

Sotelo Inclán, quien mientras tanto había ganado reputación y prestigio como intelectual y había sabido promover y aprovechar espacios para utilizar los nuevos medios de comunicación masiva como el radio y la televisión, donde destacó en difundir la educación y la cultura, continuó investigando, analizando y completando su visión sobre lo que se había convertido en la tarea intelectual más importante de su vida: el libro *Raíz y razón de Zapata*. Así, en 1970 apareció una nueva edición, corregida y aumentada de esa obra, mucho más voluminosa, con más del doble de páginas que la primera.<sup>10</sup>

Para escribir esta nueva versión, Sotelo Inclán tuvo que sobreponerse a su desencanto, decepción y escepticismo. Los propósitos de su primer libro no habían tenido los efectos deseados: “La primera edición de este libro [...] no obtuvo los frutos que hubiera deseado a favor de Anenecuilco. Tampoco se me hizo el menor caso para la reconstrucción de la casita natal de Zapata. Posteriormente ocurrió la infausta muerte de Francisco Franco” (2a., p. 559).<sup>11</sup>

Esa frustración lo llevó a negarse a publicar una nueva edición de su libro. Sin embargo, al cumplirse el quincuagésimo aniversario de la muerte de Zapata pudo más la vocación de defensor de Anenecuilco y así consideró su obligación “rendir homenaje a su memoria” y decidió publicar una segunda edición en la que incluyó “notas y noticias que agregaban mucho a la anterior. En verdad nunca dejé de estudiar el tema” (2a., p. 560).

En esta nueva versión, Sotelo Inclán plasmó una obra mucho más completa y equilibrada, más académica, con un extenso trabajo de fuentes, en donde los documentos de Anenecuilco ya no dominan la obra, sino que forman parte de una investigación y de una narración que los inserta como una parte sustantiva pero ya no única. Asimismo, en esta segunda versión se advierte que, además de un mayor y mejor manejo

<sup>10</sup> En adelante las páginas a que se hace referencia corresponden a esta segunda versión.

<sup>11</sup> Francisco Franco fue asesinado en su casa el 20 de diciembre de 1947 cuando dormía con su familia. Franco, en su calidad de representante de Anenecuilco, había continuado luchando para que se restituyeran las tierras del pueblo. *Ibid.*, p. 79.

de fuentes, el autor logró reforzar las partes más endeble de la primera versión, por lo que, en conjunto, la edición de 1970 representa una visión más amplia, completa y lograda de una historia que, sin dejar de ser regional, se inserta continuamente en la historia nacional y conserva como eje rector la lucha agraria de los pueblos, en la que Anenecuilco es solamente un ejemplo típico pero no único.

En la nueva edición, Sotelo Inclán insertó nuevos capítulos a lo largo de toda la obra. En la primera parte profundiza la situación de la zona en la época prehispánica, las características que asumió la dominación colonial española y la formación de la gran propiedad territorial agraria. Para el nuevo abordaje de la etapa prehispánica, Sotelo Inclán utilizó fuentes arqueológicas, antropológicas e históricas que matizaban y enriquecían la muy somera y simple descripción anterior, apoyándose en los trabajos de Florencia Muller, Román Piña Chan y David C. Grove.<sup>12</sup> Aunque continuaba siendo una descripción general, quedaban mejor situados los antecedentes y las características de los asentamientos prehispánicos en la zona, dominada por los mexicas y la Triple Alianza cuando llegaron los españoles y, de manera particular, resaltaba el origen prehispánico de Anenecuilco, consignado así en el *Códice mendocino*.

Para el siglo XVI, además de apoyarse más en los cronistas conocidos —sobre todo en Alonso de Zorita y en Motolinia—, en las importantes fuentes documentales editadas por Silvio Zavala y en los expedientes agrarios del Archivo General de la Nación, incorporó la visión de dos importantes obras que aparecieron en el *inter* y que proporcionaban un sólido análisis y tratamiento de la problemática agraria colonial: la muy influyente obra de François Chevalier sobre la formación de la gran propiedad agraria y la notable investigación de Bernardo García Martínez sobre la historia de los dominios de Hernán Cortés. Con ellas, elaboró una sólida presentación de las características que asumió la dominación española, la conmoción que significaron la nueva legislación y las formas de propiedad impuestas por los conquistadores y colonizadores en las comunidades indígenas, la tensión que se generó en ellas y, a diferencia de la primera edición, aparecen los conflictos entre pueblos y la división social y diferencia de intereses entre los caciques y principales y la gente común de los pueblos.<sup>13</sup> Particular atención merece la consti-

<sup>12</sup> Florencia Muller, "Historia antigua del valle de Morelos", *Acta Antropológica*, 1949, y "Chimalacatán", *Acta Antropológica*, 1948; Román Piña Chan, *Una visión del México prehispánico*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1967; David C. Grove, "Localización de sitios arqueológicos en el centro y este del estado de Morelos", *Boletín del INAH*, México, septiembre 1967.

<sup>13</sup> Silvio Zavala y María Castelo (recop.), *Fuentes para la historia del trabajo en Nueva España*, 3 t., México, Fondo de Cultura Económica, 1939-1940; AGN, *Tierras*, v. 3433; François Chevalier,

tución del enorme dominio de Cortés y sus descendientes, el marquesado del Valle, y el impacto y conflictos que desde los primeros tiempos tuvo esta vasta propiedad que contaba con un estatuto especial —que comprendía siete jurisdicciones territoriales y veintitrés mil vasallos— tanto con las autoridades virreinales y la corona española como con los pueblos de esa amplia zona. En el caso de los valles de Cuernavaca y Cuautla, en los que Cortés introdujo con éxito el cultivo de la caña de azúcar desde los primeros tiempos, Sotelo Inclán destaca la hipótesis de que el segundo valle, alrededor de Cuautla, pudo escapar del dominio de Cortés por estar cerca de él la zona minera de Huautla, razón por la cual la Corona tomó posesión de ella y los pueblos que abarcaba, lo que permitió que estos poblados escaparan relativamente del avance del marquesado sobre sus tierras y aguas (2a., p. 52-54).

Los últimos veinte años del siglo XVI y los primeros veinte del XVII fueron los años del *boom* de las haciendas azucareras que se instalaron en el territorio del marquesado aprovechando las necesidades económicas de los herederos de Cortés, quienes permitieron el establecimiento de esas explotaciones mediante mercedes y licencias, a través de arrendamientos por tiempo indefinido. Como esos años coincidieron con los de mayor declive de la población indígena mesoamericana, las propiedades particulares y de religiosos aprovecharon para dominar desde entonces el escenario de los valles de Cuernavaca y Cuautla y fueron el origen de la gran propiedad agraria en expansión y de los endémicos conflictos agrarios, cuando se dio la recuperación demográfica indígena. Esta parte tiene también un tratamiento historiográfico mucho mejor de Sotelo Inclán que en la primera edición (2a., p. 98-103 y s.).

Otra parte de la nueva versión, mejor lograda, es la del siglo XIX mexicano, para la que el autor incluyó nuevos capítulos, en los cuales, además de profundizar en la historia local de Anenecuilco, aparece más claro el vínculo entre esa historia local y la historia nacional. Sotelo Inclán utilizó ahora sí las grandes obras historiográficas del XIX: Zavala, Alamán y Mora aparecen citados profusamente, al igual que las obras escritas o dirigidas por Daniel Cosío Villegas quien, entre tanto, había consolidado su autoridad como la mejor interpretación acerca del México de la Reforma y del Porfiriato. Asimismo, el autor se apoyó también en el estudio de Jesús Reyes Heróles sobre el liberalismo mexicano y en las obras de Jesús Silva Herzog, Manuel González Ramírez y Marte R. Gómez so-

“La formación de los grandes latifundios en México (Tierra y sociedad en los siglos XVI y XVII)”, *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, México, primer trimestre de 1956; Bernardo García Martínez, *El marquesado del Valle. Tres siglos de régimen señorial en Nueva España*, México, El Colegio de México, 1969, 178 p., mapas (Centro de Estudios Históricos, Nueva Serie, 5).

bre la historia del agrarismo, por citar algunas de las nuevas fuentes. Con base en tales fuentes construye la narración sobre las coyunturas cruciales del XIX mexicano. Así, el impacto de las guerras de Independencia en la región se presenta con mayor claridad y detalle. Este tratamiento, particularmente en las incursiones y campañas militares de Morelos en la zona caliente analizada, le permite al autor encontrar similitudes y continuidades entre las tácticas, las reivindicaciones agrarias y los sectores sociales aglutinados en torno del cura Morelos y los que se movilizarían cien años después con Zapata. Al mismo tiempo, en el lado opuesto, la actitud de los hacendados azucareros de la región, encabezados por Gabriel Yermo, quienes sostuvieron activamente la causa realista, encuentra paralelismo con la postura de los propietarios de ese sector durante la Revolución (2a., p. 193-221).

Las primeras décadas del México independiente, con las pugnas entre los caudillos, los conflictos con las elites españolas que culminaron en su expulsión del país y la anarquía que culminó en la dictadura de Santa Anna se describen con profusión. Asimismo, la época de la Reforma, en donde se expone con nitidez el proyecto de las elites liberales en contra de la propiedad de las corporaciones eclesiásticas y de las comunidades indígenas, proyecto al que califica como de efectos desastrosos para estas últimas. Rescata el valor que tuvo Juan Álvarez como caudillo defensor de los intereses de las comunidades y relata la resistencia popular ante la ofensiva liberal y de las haciendas que culminó con los asesinatos contra españoles en las haciendas de Pío Bermejillo en 1856 y 1860 (2a., p. 289-315). En relación con el imperio de Maximiliano, a pesar de sus prejuicios adversos hacia el personaje, reconoce el enfoque y las propuestas de legislación agraria como un punto de quiebre en la historia nacional y se deshace en elogios con las leyes sobre terrenos de comunidad y de repartimiento y con la que cedía el fundo legal y ejidos a los pueblos que carecieran de ellos, en las que reconoce el único intento serio de atender y resolver de raíz la problemática agraria de los pueblos (2a., p. 324-326).

Finalmente, la sección sobre los años del Porfiriato y, particularmente, la que tiene que ver con Emiliano Zapata, sus antecedentes y sus años formativos también está mejor tratada, con un manejo más profuso de fuentes, como la obra de su maestro Antonio Díaz Soto y Gama, la entonces recién publicada e iluminadora obra de Womack, así como documentos del Archivo de Porfirio Díaz, periódicos nacionales y testimonios de historia oral de la familia Zapata y de compañeros de éste.<sup>14</sup> Aparece

<sup>14</sup> Antonio Díaz Soto y Gama, *La revolución agraria del sur y Emiliano Zapata, su caudillo*, México, edición del autor, 1960, 294 p.; John Womack Jr., *Zapata y la Revolución Mexicana*, trad.

así mejor situado el desarrollo de la industria cañera en la región, el papel central de la política y la alianza del régimen de Díaz con los propietarios azucareros de la zona, así como mayor información y contexto sobre *los datos conocidos en los que se formó Emiliano Zapata*. Destaca también la experiencia política de la campaña electoral de Patricio Leyva por la gubernatura de Morelos, que aglutinó a sectores populares y clases medias en 1909 entre cuyos simpatizantes estuvieron Zapata y varios de los líderes originales del movimiento zapatista (2a., p. 457-506). La narración retoma la crisis final que precipitó y que explica el estallido de la rebelión que devino zapatista y concluye con lo sucedido a Anenecuilco, a Franco y a los papeles del pueblo luego de la muerte de Zapata.

Esta segunda versión tiene ventajas indudables sobre la primera: gana en dimensión, en profundidad, mediante una armazón y un tratamiento de fuentes que la hacen más sólida historiográficamente. Tiene una dimensión y una visión nacional. Sin embargo, domina en ella el contexto y la trama central de la primera pierde foco y fuerza: la historia de Anenecuilco se diluye a menudo dentro de la historia regional y nacional, es sólo un acontecimiento más que, a menudo, trata de ser metido a la fuerza en la descripción y parece, por tanto, como si estuviera fuera de lugar. No se logra plenamente la armonía entre la problemática local y el contexto. La obra en conjunto tiene la forma de una historia nacional que tiene como hilo conductor las luchas agrarias. Aunque el tratamiento historiográfico de las fuentes es mayor y más cuidado, en la segunda versión ya no se encuentra el tono de alegato, y la vehemencia de la argumentación que trata de convencer sobre la justicia de su causa. No obstante, no deja de llamar la atención que Sotelo Inclán siga haciendo una historia que, a pesar de querer ser más objetiva, manifiesta la simpatía que tiene por su objeto de estudio. En su recorrido por la historia nacional exalta la figura de los héroes y personajes que, a su juicio, forman parte importante de la lucha por la tierra y la justicia de los pueblos, como Hidalgo, Morelos, Guerrero, Álvarez y algunos héroes de la Reforma, y condena en cambio a los que desde su punto de vista no sólo fueron enemigos de esta causa, como los españoles, los realistas y los conservadores, sino que no fueron del todo consecuentes con su agrarismo, como en el caso de Lorenzo de Zavala.

Su afán por destacar la lucha agraria secular de los pueblos y, de manera enfática el papel paradigmático de Anenecuilco, de Zapata y de sus antecedentes genealógicos, lo lleva a menudo a sacar deducciones e infe-

rencias que no están demostradas, pero que hablarían invariablemente de un espíritu justiciero y heroico como destino manifiesto en el pueblo y en sus representantes defensores de la causa agraria. Sotelo Inclán fuerza mucho la narración y trata de acomodar los hechos para que encuadren con las conclusiones que tiene de antemano. Con todo, esa historia es por sí misma lo suficientemente interesante para no necesitar tal tipo de ayuda.

En suma, con la segunda versión de *Raíz y razón de Zapata*, Sotelo Inclán consolidó su posición como una de las principales autoridades en el estudio del zapatismo y esa obra ha sido, desde entonces, punto de referencia obligado para todos los estudios posteriores.

